

pueblos que fueron antes colonias y hoy son países libres y soberanos? Significa la adscripción inmovible a una comunidad de pueblos dotados de características homogéneas y con una jerarquización de valores realmente coincidentes, lo mismo en la esfera de las creaciones ideales que en forma concreta de la conducta práctica y el carácter moral. Este será, sin duda, uno de los aportes más valiosos y permanentes de la obra de Menéndez Pelayo a la cultura general hispánica, cada vez más solidaria entre sus miembros y por eso cada vez más digna de encomio.

Es, por supuesto, enteramente natural y comprensible que no siempre acertara Menéndez Pelayo en la caracterización y juicio de cada autor individual. Así, por ejemplo, en el panorama literario colombiano no hay duda de que faltó mucho a su visión de crítico al enjuiciar casos como el de Castellanos o el de Domínguez Camargo; al primero, en parte, por no haber dispuesto de investigaciones adecuadas al valor que como documento histórico, lingüístico y etnográfico tienen las *Elegías* de Castellanos; al segundo porque el autor del *Poema de San Ignacio* participa, evidentemente, de los caracteres del barroco literario, por el que Menéndez Pelayo sintió siempre cierto desvío. Pero estos y otros posibles reparos son cosa adjetiva, y es mucho más importante reconocer cómo él, al tratar de cada escritor americano, de cada poeta, aun el más aparentemente humilde, sabe hallar una reminiscencia clásica, un rasgo que revela común ascendencia y entronque con las letras peninsulares, un dato bibliográfico que encadena determinada producción al foco o a la corriente de origen. Y es que ésta fue siempre la labor de su genio, eminentemente ordenador y constructivo. Dolíase cada vez de que España no poseyera todavía una completa historia de su literatura, y él, que era catedrático de esta materia, buscaba por todos los medios ir aportando materiales a la vasta construcción. Toda su obra puede decirse que es una contribución de primer orden a este gigantesco y supremo anhelo de su vida, y cuánto, cuánto no tenemos que agradecerle que con gesto realmente generoso y admirable hubiera tenido para las literaturas de América indígena un puesto en su corazón y un lugar adecuado para ellas en el impercedero monumento de sus obras, reflejo de su amor a la España de siempre y a la stirpe común.

DONACION DE LIBROS

El día 23 de marzo de 1955 el doctor Karl Schwendemann, Embajador de la República Federal de Alemania, hizo entrega al Instituto de un conjunto de valiosos libros, donados por el gobierno de su país a esta entidad. La donación incluye varias decenas de importantes obras de la literatura alemana (Goethe, Schiller, Hölderlin, Novalis y otros grandes poetas; como también notables novelistas del pasado y del presente), y de filología, como el *Handbuch der germanischen Philologie*, de Friedrich Stroh, *Gestalt und Leben der Sprache*, de Michael Aschenbrenner, *Geschichte der deutschen Sprache*, de Adolf Bach, etc. El acto de entrega de dichos libros dio ocasión para recordar las múltiples vinculaciones culturales que han existido entre Colombia y Ale-

mania. El Director del Instituto, doctor José Manuel Rivas Sacconi, expresó su reconocimiento con las siguientes palabras:

MENSAJE DE LA CULTURA ALEMANA

Gracias os sean dadas, Señor Embajador, por la donación con la cual habéis querido honrar y enriquecer nuestra biblioteca. Estas obras serán para nosotros valioso instrumento de trabajo y, alineadas en los anaqueles, pregonarán en forma permanente la generosidad del Gobierno alemán y la gentileza del Embajador Schwendemann.

La cultura alemana, de la cual son trasunto estos libros, se identifica en gran medida con la cultura moderna, hasta el punto de que puede afirmarse con plena seguridad que ésta no se concibe sin el aporte alemán. Y, si ello es cierto para las ciencias, artes y técnica, en general, mucho más se evidencia si nos detenemos en el campo particular de la filología.

La filología, como ciencia, tiene su cuna y su máximo florecimiento en Alemania. Allí nace la lingüística comparada, allí se organiza la lingüística románica, que nos incumbe de manera tan directa. Durante el siglo XIX y en el presente Alemania mantiene el cetro de los estudios lingüísticos y filológicos. Todo aquel que se dedique a ellos, en cualquier latitud del globo, debe recurrir forzosamente a las fuentes germánicas.

Así lo comprendieron nuestros primeros hombres de ciencia. En los albores de nuestra vida individualizada, se produjo el primer contacto fecundo entre nuestra cultura y la cultura alemana, con la visita del barón de Humboldt al Nuevo Reino de Granada, donde suscitó inquietudes de vasta resonancia. Baste pensar que jóvenes como Camilo Torres, que poseían ya varias lenguas — el griego, el latín, el francés, el italiano — se dedicaron por entonces con tesón al estudio, también, del alemán.

A mediados del Ochocientos, Rufino José Cuervo, desde sus primeros escritos, cita con frecuencia y con propiedad los trabajos de la escuela alemana, de Pott, Diez, Müller. Gracias al influjo de éstos se opera en Cuervo el milagro del tránsito de la vieja escuela rutinaria, en la cual se había formado, a la concepción científica moderna, adelantándose a los propios lingüistas españoles. Establecido en Europa, tuvo ocasión de departir personalmente con Pott y con otros muchos maestros alemanes. Si quisiéramos fijar un acto que constituya coronamiento visible de su carrera científica, no tendríamos sino que fijarnos en el grado de doctor *honoris causa* que le otorgó la Universidad Literaria de Berlín, y que brilla en sus sienes como refulgente diadema.

Por su parte, Miguel Antonio Caro, situado en el terreno de la filología clásica, se valió ampliamente, y hasta polémicamente, con independencia de criterio que lo honra, de los trabajos y ediciones de filólogos alemanes, como Ribbeck.

Con Cuervo y con Caro, pares en el trabajo y en la gloria, y después de ellos, podríamos recordar a Ezequiel Uricoechea, doctor de la Universidad de Gotinga; a Tomás Eastman, que fue a la patria de Bopp para perfeccionar su información glotológica; a Félix Restrepo, que obtiene su láurea en Munich y en Friburgo edita su *Llave del griego*...

Pero, ¿a qué más nombres? Estas alusiones mínimas tienden apenas a poner en descubierto la profunda raíz histórica de nuestros vínculos con la cultura germánica y a explicar por qué es para nosotros de tanto significado y de tanta grandeza este momento.